

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO

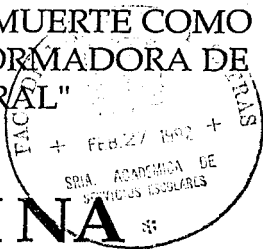
12

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

2ej.



" LA PULSION DE MUERTE COMO  
FUERZA TRANSFORMADORA DE  
LA MORAL "



**TESINA** \*

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

**LICENCIADA EN FILOSOFIA**

PRESENTA

**REBECA MALDONADO RODRIGUERA**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

MEXICO, D.F.

1992



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

<b>Introducción.</b>	<b>p.1</b>
<b>I Antropología filosófica freudiana</b>	
<b>en torno a la pulsión de muerte.</b>	<b>p.7</b>
1. Origen, significado y desarrollo de los conceptos de pulsión de muerte y pulsión de vida. 2. La explicación freudiana del surgimiento de la cultura. 3. La concepción freudiana de la naturaleza humana. 3.1 El mal, los sueños y la guerra. 4. Fundamento del planteamiento freudiano de la moral.	
<b>II La autodestrucción como recurso</b>	
<b>de la cultura contra la agresividad:</b>	<b>p.23</b>
1. La moral del superyó.	
2. El masoquismo moral.	
3. Cultura y autodestrucción.	
<b>III Cuestionamiento de la fertilidad</b>	
<b>del concepto de pulsión de muerte para</b>	
<b>la reflexión ética.</b>	<b>p.36</b>
1. Crítica a la interpretación de la moral elaborada por Freud.	
2. ¿Otros significados de pulsión de muerte?	
3. Otra lectura de la pulsión de muerte: Lacan y la ética del deseo.	
4. Discordancias Freud-Lacan con respecto a la pulsión de muerte y la ética.	
<b>IV El descontento como momento de la ética.</b>	<b>p.58</b>
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>p.62</b>
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>p.66</b>

**INTRODUCCION:**

Freud ha tratado de dar cuenta del problema del hombre en el seno de la cultura explicándose el porqué de la infelicidad humana; el porqué del descontento humano. De esta preocupación freudiana proviene mi interés por su pensamiento que de manera tan atinada ha ubicado a la moral como el espacio donde se juega la relación conflictiva entre el individuo y la sociedad. Para ello Freud ofrece un concepto que designa la parte irreductible en el sujeto, la parte no adaptable, la que por existir hace que el hombre no pueda aceptar la realidad tal cual es sin sufrirla y sin padecerla: la pulsión de muerte que dispone al hombre a la inadaptación y con ello al conflicto.

La pulsión de muerte es pensada por Freud como origen y fundamento de la insatisfacción humana; como factor perturbador de los vínculos sociales. A partir de ella se vislumbrarán otras posibilidades de la pulsión de muerte que no pueden ser desacreditadas, a menos que se pretenda colocar toda ética al servicio de las normas y las costumbres. La pulsión de muerte en la obra de Freud es el origen de la oposición y de la inconformidad humana. Es esta acepción de la pulsión de muerte la que importa para la ética, porque es en la oposición donde germina no sólo la moral auténtica sino toda una serie de problemas éticos que buscan resolver y dar sentido al descontento humano. Se

podría resumir la hipótesis propuesta de la siguiente manera: la pulsión de muerte como germen del descontento e inconformidad humana marca la ruptura del hombre con su realidad y con lo necesario. La pulsión de muerte como inconformidad con lo real, con lo que somos y con el mundo es una de las condiciones indispensables de la acción ética.

Se hace necesario aclarar lo que se entiende en este trabajo por ética, moral, valoración y acción ética. Estos serán los conceptos de los cuales se partirá para el análisis del problema de la pulsión de muerte y de la ética.

En primer lugar, cabe mencionar que la ética ofrece conceptos suficientemente amplios como para mirar con distancia los fenómenos morales, los cuales constituirán su objeto. La ética es entonces la manera lúcida, conceptual, de ocuparse de los fenómenos morales para ubicarlos en una dimensión más amplia. En este sentido, son invaluable las aportaciones que la ética ha ofrecido a la cultura en su afán denodado por aclarar al ser humano como ser comprometido con otros y consigo mismo, como ser creador de hábitos y -en la misma medida- como ser en constante autocreación, como ser que duda, piensa, valora, siente y disiente en el seno de lo dado. Por lo mismo, la ética como teoría se vuelve homenaje a la condición fundamental del hombre: la libertad. Se podría decir algo más en este sentido: que la conciencia ética como disciplina, como *theoria*, es ante todo un ejercicio de la libertad humana que ofrece la debida distancia con respecto a lo dado. Lo dado

en este caso, es la moral exterior, la norma enseñada, impuesta desde el exterior del hombre, pero que también organiza su interioridad, pues desde ella se sabe qué es lo adecuado, lo correcto y lo reprochable. Sin embargo, la moral comprende las costumbres, los hábitos que organizan la vida cotidiana. En este sentido, la moral cubre algo más, un sistema de sanciones y castigos que se deben ejecutar en caso de que el individuo traspase los límites impuestos por las normas y las costumbres. La ética, desde su nacimiento histórico (Sócrates), ha observado que los mismos hábitos y normas que dan cobijo al individuo en contextos sociales, a menudo son los mismos que lo hacen sentirse extraño. Esto ocurre en el seno de una sociedad donde las normas desarmonizan con las necesidades que marcan la interioridad del individuo en un momento determinado y que no encuentran respuesta en la moral dada. La deuda con Sócrates no es escasa, a él debemos una de las hipótesis de trabajo más fecundas para la investigación ética que consiste en anteponer a las normas la construcción racional, autónoma y dialógica de valores, entendidos como lo universalizable en el hacer del hombre, ya que conviene al hombre. Esta construcción no es una propuesta solipsista de valores. Por el contrario, el autoconocimiento, objeto central del filosofar socrático, es un procedimiento que acontece con otro. Me conozco a mí mismo en la medida en que soy capaz de poner en palabras mi ser y mi no ser, pero mi autoconocimiento es mayor cuando de inmediato soy capaz de

proponer los valores que a mi ser y a otro ser convienen. La valoración es entonces la manera que el hombre posee de dialogar con las normas y con lo que quiere al mismo tiempo, en un afán de entenderse consigo mismo y con los demás. La valoración es un impetu de propuesta e innovación en el mundo de las reglas y las normas. La acción ética es la resolución humana de actuar con voz propia, es decir, es el acto por el cual se hace gala de la voluntad y de la libertad humana frente a los otros y con los otros. Apoyada en estos conceptos, desde una visión estrictamente ética y filosófica, se ha elaborado una interpretación de la pulsión de muerte.

Para llegar a la hipótesis que menciono inicialmente he comenzado este trabajo con una descripción de la antropología freudiana. La pulsión de muerte es pensada por Freud -sobre todo en el Malestar en la cultura- como factor perturbador de los vínculos creados por Eros; a quien Freud da a la vez el epíteto de creador y de factor de cultura. Es decir, la convivencia humana no sería posible sin esa tendencia inherente de la estructura pulsional del hombre a unir y conglomerar individuos en unidades cada vez mayores. Eros es condición de cultura, y es creador de cultura en su significación más fundamental, ya que no hay cultura en el sentido más básico sin vínculo humano. Por ello, el concepto de cultura que Freud acuña es funcional. Es todo aquello que se encuentra encaminado a, o que sirve para mantener los vínculos. De este modo el esqueleto de la

cultura está constituido, por una parte, por la ciencia y la tecnología orientadas a la producción y a la distribución de los bienes para el consumo humano; por la otra, por las normas y las reglas que permiten la interrelación social y que limitan las tendencias hostiles y anticulturales. Sin embargo, todo el edificio cultural no busca otra cosa más que mantener las relaciones sociales y evitar que se rompa en alguna de sus partes. Esto no es del todo fácil, pues nos encontramos con la pulsión de muerte que es, según Freud, el principio del mal en el hombre.

En un segundo momento, haré referencia a la visión freudiana de la moral. Freud se propone precisar cómo utiliza la cultura todos los medios posibles para volver inocua la pulsión de muerte y debilitar al individuo. De ahí que la autodestrucción sea condición necesaria y suficiente para la construcción del sujeto de cultura. La autodestrucción es el recurso de la cultura contra las fuerzas explosivas que entraña el sujeto.

Posteriormente, elaboro una crítica a la concepción de la moral en Freud e intento aclarar en qué medida he asumido su tesis de la pulsión de muerte. Recorro a otra teoría psicoanalítica que admite otro aspecto de la pulsión de muerte, a mi parecer oportuno para los temas éticos tratados: la interpretación de la pulsión de muerte de Lacan, en el Seminario de la ética. Me parece relevante porque en él se propone que la moral no tiene como características necesarias ni la culpa ni la



autodestrucción. La pulsión de muerte tiene otra posibilidad que es la ética del deseo. Para terminar, reformulo mi hipótesis de la pulsión de muerte como ruptura con lo real y como origen de la acción ética.

Esta tesina se fundamenta básicamente en el Malestar en la cultura, sin dejar de lado todos aquellos textos que la preceden y apuntan a él: "La desilusión provocada por la guerra", Más allá del bien y del mal, El yo y el ello, El problema económico del masoquismo, El porvenir de una ilusión. El concepto que se revisa en todas las lecturas realizadas es el de la pulsión de muerte vinculado al problema de la moral y al problema de la cultura.

I ANTROPOLOGIA FILOSOFICA FREUDIANA EN TORNO A LA PULSION DE MUERTE.

1 Origen, significado y desarrollo de los conceptos de pulsión de muerte y pulsión de vida.

El padre del psicoanálisis introduce su hipótesis de la pulsión de muerte en 1919 en un texto intitulado **Más allá del principio del placer.** (1) En ese texto Freud busca dar explicación a la neurosis de transferencia (2) y a los sueños de la neurosis traumática (3), en suma, a la compulsión de repetición. Estos fenómenos, a juicio de Freud, desmentían su hipótesis de que el principio del placer era rector de toda la vida anímica. Es decir, hasta ese momento Freud había considerado que todos los procesos anímicos se encontraban encaminados a producir placer y a evitar el dolor; el dolor era concebido como un aumento de la excitación y el placer como una disminución de la tensión. Así, el

aparato anímico se afana por mantener lo más bajo posible, o por lo menos constante, la cantidad de excitación presente en él.(4)

1 S. Freud. Obras Completas. T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.

2 En la neurosis de transferencia el paciente "se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, (...) en calidad de fragmento del pasado." (S. Freud. Op. Cit. p.18.)

3 Los sueños de la neurosis traumática reconducen "una y otra vez a la situación del accidente, de la cual despierta con renovado terror." Ibid. p.13

4 Ibid. p.8.

Esta era la hipótesis de Freud hasta Más allá.... Pero estos fenómenos de la compulsión de repetición, que vuelven a conducir una y otra vez al individuo a las vivencias dolorosas del pasado, eran evidencias que destruían la hipótesis del principio del placer como tendencia fundamental de la vida anímica.

Freud encuentra que el fenómeno de la compulsión de la repetición se fundamenta en la naturaleza conservadora de las pulsiones, en las fuerzas que habitan al interior del organismo.(5) Las pulsiones serían justamente más fundamentales, más primarias que la tendencia a producir placer y evitar el dolor. Freud entiende la pulsión como

Un esfuerzo inherente a lo orgánico vivo, de reproducir un estado anterior.(6)(s.n)

Tal propuesta en torno a las pulsiones lleva a la necesidad de admitir un tiempo anterior que es el estado al que

5 Freud en el texto que ahora comentamos encuentra que la tarea más originaria y primaria de la vida anímica consiste en dominar los volúmenes de estímulo que provienen del mundo exterior, como también la energía libremente móvil (fluyente) que proviene del interior del organismo (las pulsiones) para "ligarlos psíquicamente". Ligar en lenguaje psicoanalítico, quiere decir elaborar, otras veces representar, más aún hacer pasar a la palabra para integrar excitaciones y controlarlas. La compulsión de repetición según Freud, responde a una ruptura de la barrera antiestímulos. Barrera de la cual se encuentra provista el sistema percepción-conciencia para protegerse de las energías más potentes provenientes de la exterioridad. Para las pulsiones no poseemos barrera antiestímulos, pero se "tenderá a tratarlas como si no obrasen desde adentro, sino desde afuera, afin de poder aplicarles el medio defensivo de la protección antiestímulo....) (Ibid., p.29) Lo que imprime a la compulsión de repetición su carácter reiterativo y compulsivo son justamente las pulsiones, y como veremos más adelante: la pulsión de muerte.

6 Ibid., p. 36.

tienden las pulsiones. Este estado, es un estado ya sido, pasado: Lo inanimado. Para Freud lo inanimado es el estado más originario del cual emerge la vida: "Lo inanimado -dice Freud- estuvo ahí antes que lo vivo" y continúa estando presente "...es el estado antiguo e inicial, que lo vivo abandono una vez y al que aspira a regresar por todos los medios de la evolución."(7) De ello se sigue que, si la vida emerge de lo inorgánico bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas, entonces la primera pulsión consiste en regresar a lo inorgánico: la pulsión de muerte. Así, la pulsión de muerte es la primera y fundamental, dadora de sentido a su antagonista Eros, con sus pulsiones del yo y sus pulsiones sexuales.(8) Esto da una doble perspectiva de lucha contra la muerte. Las pulsiones del yo procuran alejar el camino corto, directo hacia la muerte buscando una manera propia de morir. Todos morimos pero cada uno quiere morir a su manera y "alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes".(9) Las pulsiones del yo dificultan y complican la muerte, la retienen, "rodean la muerte", hacen unos rodeos más y más

---

7 Ibid p. 38.

8 Este dualismo también es denominado libido del yo y libido de objeto, o libido objetal y libido narcisista. Esta última hace referencia al amor originario del sujeto por sí mismo. En este sentido, Freud concibe al yo como un reservorio de libido de donde parte el amor por los objetos. De ahí que el amor sexual y el amor por el otro (objetal) sea la forma transmutada del amor originario por sí mismo (narcisismo).

9 S. Freud, Obras Completas, TXVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986, p.39.

complicados antes de alcanzar la meta de la muerte".(10) Contra esto, las pulsiones de muerte buscan alcanzar "lo más rápido posible el final de la vida".(11) Sin embargo, las pulsiones sexuales hacen que antes de llegar a la muerte el individuo retome el camino desde su origen y "prolongue la vida por lapsos más largos"(12) con la reproducción de otro ser vivo.

Las pulsiones sexuales, en la medida en que provocan el encuentro entre las células germinales, son "las genuinas pulsiones de vida", pues sólo mediante ellas se logra la inmortalidad de la especie, aunque el individuo sucumba finalmente a la muerte. Precisamente este carácter preponderante de unión y síntesis que da Freud al Eros proviene de las pulsiones sexuales, pues "procura esforzar las partes de la sustancia viva unas hacia las otras y cohesionarlas". El Eros de Freud es "el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesiona todo lo viviente."(13)

Eros aparece así como la fuerza sintética que hace posible no sólo el amor por sí mismo (pulsiones del yo),

---

10 Op. Cit., p. 38.

11 Ibid., p.40.

12 Ibidem.

13 Ibid., p.43. Freud hace aquí referencia a Empédocles y Platón. A Empédocles, porque este filósofo presocrático proponía dos fuerzas originarias una (eros) que tendería a unificar; la otra (el odio) sería una fuerza divisiva. Una es la fuerza de la vida, otra la fuerza de la muerte. Estos dos principios serían principios de construcción y de destrucción. Por su parte Platón, en el Banquete elabora una teoría del eros como aspiración a la inmortalidad, a través de la necesidad de procreación en lo bello. Es el Eros quien lleva al alma en un viaje de unión al otro en su puro movimiento hacia las esencias.

sino también y en igual medida el amor por el otro (pulsiones sexuales). Freud en un breve ensayo intitulado **Teoría de la libido** (1922) hace una reformulación de la pulsión de muerte al introducir la agresión o la destrucción como un representante de la pulsión de muerte que silenciosamente labora al interior del organismo, y que quiere hacer retornar a lo inanimado no sólo al sí mismo sino también a los otros y a las cosas. La pulsión de muerte comprende la destrucción y la autodestrucción, adversaria simétrico de Eros. Nuestro autor, al introducir estas modificaciones al dualismo pulsional, lo reformula en los siguientes términos:

Un grupo de estas pulsiones que trabajan en el fundamento sin ruido, persiguen la meta de conducir el ser vivo hasta la muerte, por lo cual merecerían el nombre de pulsiones de muerte, y saldrían a la luz, vueltas hacia afuera (...) como tendencias a la destrucción o a la agresión. Las otras serían las pulsiones sexuales o de vida, (...) su mejor designación sintética sería la de Eros, y su propósito sería configurar a partir de la sustancia viva unidades cada vez mayores, para obtener así la perduración de la vida y conducirla a desarrollos más altos.(14)

## 2 La explicación freudiana del surgimiento de la cultura.

---

14 S. Freud. Obras Completas. T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, p. 253. Aquí encontramos un concepto de Eros parecido al de Platón. Platón en el Banquete señala que el Eros en su movimiento ascendente hacia las esencias lleva del amor a los cuerpos bellos, al amor de las almas bellas, de ahí a las formas bellas hasta ver finalmente la contemplación de la belleza en sí.

Freud escribe en "La desilusión provocada por la guerra" (1915) que la cultura o civilización sólo es posible por "la reforma de las pulsiones <<malas>>; por "la influencia ejercida sobre las pulsiones malas -digamos egoístas- por el erotismo, la necesidad de amar en sentido lato"(15); más adelante señala: "llamamos aptitud para la cultura a la capacidad del ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo".(16) Se trata de la génesis de la tesis sostenida en el Malestar en la cultura: Eros es creador de cultura.

Esta incipiente idea se continúa en Psicología de las masas (1921)-obra inmediatamente posterior a Más allá... En aquel texto Freud propone que la identificación procura ligazones libidinosas de meta inhibida entre los individuos, cuya ventaja funcional radica en originar, entre los miembros de una comunidad relaciones duraderas basadas éstas en el afecto. La idea básica en torno a la identificación es que el individuo en virtud de la represión (17) puede transformar su deseo de posesión del otro por el deseo de ser como el otro. Se trata de la introyección del objeto en el yo a manera de ideal del yo. Lo que introyectamos son un

15 S. Freud. Obras Completas. T. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.284.

16 Ibidem.

17 La represión es el proceso por el cual los deseos sexuales provenientes del inconsciente no pueden llegar a la conciencia. Por tanto, la represión es una barrera, una defensa que hace que los deseos sexuales se encuentren alejados de la conciencia por un mecanismo de censura, o deformación de los mismos lo que provoca que el sujeto no los reconozca o tenga noticia de los mismos. La represión aleja de la satisfacción pulsional.

conjunto de ideales a partir de los cuales operan y se desarrollan las funciones punitivas de observación de sí, la conciencia moral, censura onírica y exigencias del yo. La consecuencia de ello es que la identificación ha excluido a la sexualidad de su ámbito y sólo así "aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro y lo toma como modelo." (18) Dado este mecanismo, el otro ya no es lo que quisiéramos poseer. (19) La identificación se distingue de la sexualidad o pulsiones sexuales de meta directa o no inhibida en la medida en que en éstas el vínculo se agota en el momento de la satisfacción, por ello dice Freud: "Las aspiraciones sexuales directas son desfavorables a la formación de la masa." (20)

En *El porvenir de una ilusión* (1927) y en *El malestar en la cultura* (1929-30) Freud expone algunas definiciones de cultura que es necesario presentar, aunque sea sintéticamente. La cultura es lo que distancia al hombre de la naturaleza a través del dominio de la misma con la ciencia y la tecnología por la producción de bienes que satisfagan eficientemente las necesidades humanas. Por ello la compulsión al trabajo es origen de cultura. Sin embargo, el hombre no sólo tiene que modificar la naturaleza para

18 S. Freud. *Obras Completas*. T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.100.

19 Pues bien, una masa se encuentra constituida por individuos cuyas relaciones de meta inhibida de la índole de una identificación se justifica porque cada uno de sus individuos "han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo." (S. Freud. *Op. Cit.* p.110).

20 S. Freud. *Ibid.* p. 132.



poder vivir sino, más sustancialmente, tiene que modificar su naturaleza, tiene que renunciar a la satisfacción de sus pulsiones para poder vivir vinculado. Es sobre la renuncia de lo pulsional donde se edifica toda cultura. Así la cultura es el sistema de normas y reglas que posibilitan la cooperación y el vínculo entre los seres humanos y los medios que los hombres crean para luchar contra los poderes de la naturaleza:

Cultura designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres.(21)

Pues bien, el amor o Eros es creador de cultura (22), pues no sólo promueve el amor sexual, sino que además liga y une individuos en unidades cada vez mayores, creando así relaciones duraderas entre sus miembros. El afán unitivo, sintetizador y unificador de Eros se combina con el interés fundamental de la cultura de "aglomerar a los seres humanos en grandes unidades", (23) pues no hay cultura en su sentido más fundamental sin vínculo humano.

---

21 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p.88.

22 Quizás se piense que estoy absolutizando el papel del Eros en la creación de cultura olvidandome de la represión, pero no hay que dejar pasar que Freud habla del Eros como condición primaria y fundamental del origen y desarrollo de la cultura. Luego se verá que Eros no es suficiente; que es necesaria la represión de las pulsiones de muerte además de las pulsiones sexuales a través de una instancia que cumple a la perfección dicha tarea: el superyó.

23 S. Freud. Op.Cit. p.100-101.

Cabe agregar que, en un momento del desarrollo del Malestar en la Cultura, Freud incluye, junto al Eros, a la necesidad (Ananké) como fundamento de cultura. Esto es el apremio exterior, la necesidad actual de permanecer vivo, que crea la compulsión del trabajo. Sin duda alguna, tal apremio exterior no existiría si no existiera la muerte como un destino ineluctable. Paul Ricoeur dice al respecto: "A causa de esa muerte destino, la realidad se llama necesidad y lleva el nombre trágico de Ananké." (24) Sin embargo, Freud descalifica posteriormente a Ananké como factor de cultura; sostiene más bien que toda la cultura es una obra al servicio del Eros, pues lo único que mantiene cohesionado al hombre con los otros no es el trabajo, ni la necesidad, sino exclusivamente Eros, la necesidad humana más fundamental de unirse a otro ser vivo. Para Freud, la convivencia humana no sería posible sin esa tendencia inherente a la estructura pulsional del hombre a unir y conglomerar individuos. En todo caso es Eros el que explica el origen definitivo de la cultura. Eros es condición de cultura. Y la cultura sirve a los designios de Eros. La cultura propondría los dispositivos necesarios para mantener los vínculos, normas, reglas, ciencia, arte, tecnología, etc:

La cultura es un proceso al servicio del Eros, que quiere reunir a los individuos aislados, luego a las familias, después a etnias, pueblos, naciones, en una

gran unidad: la humanidad(...) la necesidad sola, las ventajas de la comunidad de trabajo, no los mantendrían cohesionados(25)

### 3. La concepción freudiana de la naturaleza humana.

En el Malestar en la cultura, Freud se pregunta por qué la cultura se esfuerza y se vale de todos los medios posibles para promover relaciones libidinales de meta inhibida en detrimento de la vida sexual de sus individuos.(26) Es decir, se pregunta por el fundamento mismo de la identificación que, como hemos visto, determina la existencia casi exclusiva en el seno de la cultura de relaciones no sexuales -aparte de la institución del matrimonio-

Pero aún no inteligimos la necesidad objetiva que esfuerza a la cultura por este camino y funda su oposición a la sexualidad. Ha de tratarse de un factor perturbador que todavía no hemos descubierto.(s.n)(27)

La agresividad es el factor perturbador de la cultura al que la identificación pone un dique. En el Malestar en la cultura Freud acuña un concepto de pulsión de muerte como

25 S. Freud. Obras Completas. T. XXI Buenos Aires: Amorrortu, 1986, p.117-118.

26 Dice Freud: La cultura "pretende ligar entre sí a los miembros de una comunidad libidinalmente, se vale de todos los medios y promueve todos los caminos para establecer fuertes identificaciones entre ellos, moviliza en la máxima proporción una libido de meta inhibida a fin de fortalecer los lazos comunitarios mediante vínculos de amistad. Para cumplir este propósito es inevitable limitar la vida sexual. (...)." S. Freud. Op. Cit. p. 106.

27 S. Freud. Ibidem.

agresividad, como hostilidad primordial y originaria orientada hacia el mundo exterior, que debe ser contenida al interior del individuo y cuyos efectos explosivos y destructivos es menester evitar:

A raíz de esta hostilidad primaria y recíproca de los seres humanos, la sociedad culta se encuentra bajo una permanente amenaza de disolución.(...) La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones.(28)

En todo ser humano están presentes "tendencias destructivas, tendencias antisociales y anticulturales" (29) Freud ve en cada individuo un enemigo de la cultura. Ya que, la pulsión de muerte es anticultural y se opone al Eros creador de cultura. Considera incluso que el destino de la humanidad se juega entre estas dos fuerzas:

Esta lucha es el contenido esencial de la vida en general, y por eso el desarrollo cultural puede caracterizarse sucintamente como la lucha por la vida de la especie humana.(30)

Es posible constatar en la lectura cronológica de la obra de Freud, a partir de 1915, cómo se entrelaza cada vez más decididamente la muerte y el mal hasta exhibirse como una vinculación necesaria. El mal es la constatación de la existencia de la pulsión de muerte, y asimismo la pulsión de

28 Ibid. p.109.

29 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.7.

30 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.118.

muerte es la explicación freudiana del mal. Así pues, profundizar en el enlace entre la pulsión de muerte y el mal es el aspecto a tratar en este apartado. Para ello primero me referiré al sueño y a la guerra como fenómenos que de manera inductiva hablaban ya de la constitución maligna de la naturaleza humana; en segundo término el discurso girará en torno a la exposición propiamente dicha del mal como agresividad, que entraña -como veremos- toda una concepción negativa del ser del hombre.

### 3.1 El mal, los sueños y la guerra.

Para Freud es en el sueño donde se manifiestan los deseos más egoistas, más innombrables e incommunicables, pues el sueño es el lugar del desocultamiento de las tendencias "inmorales, incestuosas y perversas, o de apetencias asesinas y sádicas" (31) Así, el sueño es la antipoda de la moral, su contrapartida, no sólo porque trastoca el código moral vigente sino porque conmueve el principio mismo de la comunidad y con ello de cualquier código moral, pues el sueño manifiesta:

Estos deseos censurados y que en el sueño han alcanzado una expresión desfigurada son exteriorizaciones de un egoísmo sin límites y sin miramientos. (32)

31 S. Freud. Obras Completas. T. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 134.

32 S. Freud. Obras Completas. T. XV Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 130

En el sueño se altera el principio mismo de la comunidad porque en el sueño el egoísmo es llevado a sus últimas consecuencias. Carente de límites y justificación, -el otro aparece en él como medio o vehículo de realización de deseos sexuales y agresivos; ese egoísmo, característico del fenómeno onírico, representa el prototipo del mal. Para Freud en el sueño asistimos a la fractura o pérdida de la realidad y a la instauración del egoísmo por medio de la crueldad:

Apetitos que creemos lejos de la naturaleza humana demuestran fuerza suficiente para excitar sueños. También el odio se incuba sin frenos. Deseos de venganza y de muerte contra personas allegadas, las más amadas en la vida, los padres, hermanos, el cónyuge, los propios hijos, no son nada inhabitual. Estos deseos censurados parecen subir de un verdadero infierno; tras la interpretación, en la vigilia, ninguna censura nos parece suficientemente dura contra ellos.(33)

Para la conciencia social, dado que no alcanzan una dimensión de acto, los deseos oníricos no son un alegato contundente a favor de la hipótesis que sostiene la naturaleza maligna del ser humano. Sin embargo, para Freud, no sólo los sueños sino las experiencias de la vida nos hablan a favor de aquella hipótesis. Sin embargo, más

33 S. Freud, Op. Cit., p.131. El mecanismo de la censura propio de la barrera de la represión nos lleva a no exagerar la presencia del deseo puro y con él de la maldad en el sueño; pues el deseo en sí tal y como existe en el inconsciente no lo podemos conocer, ya al sueño asisten también tendencias moralizantes que deforman, enmascaran el sentido real del sueño. Freud incluso, llega a pensar al símbolo como medio del que se valen las tendencias moralizantes, o más bien, el sistema de censuras para volver al sueño ininteligible.

definitivas son las experiencias de la humanidad: las guerras y la destrucción a gran escala a las que ellas conllevan. En "La desilusión provocada por la guerra" la guerra se vuelve una ocasión excelente para preguntarse por el mal. Explicar el mal es explicar la guerra. El tono de la prosa es de un profundo y creciente desencanto (y como señala el título, de desilusión). La guerra conlleva a la "destrucción de una ilusión": la bondad de la naturaleza humana.

¿Osan en estas circunstancias romper lanzas para sustentar la ausencia de la maldad en la constitución anímica del hombre?(34)

Este escrito es necesario para rastrear el concepto de pulsión de muerte en donde Freud menciona que la esencia más profunda del hombre consiste en "mociones pulsionales de naturaleza elemental" y entre ellas, sin duda alguna se encuentran las "mociones egoístas y crueles"; más tarde, por ejemplo, en el Porvenir de una ilusión, aparecerán como tendencias antisociales y anticulturales, o tendencias hostiles y egoístas, ambas manifestaciones de la pulsión de muerte como agresividad. De hecho, antes de 1929, en 1915 nuestro autor aceptaba las tendencias egoístas y hostiles pero sólo bajo el rubro de pulsiones parciales. Es en el Malestar en la cultura, que Freud concibe a la agresividad

---

34 Ibidem.

como pulsión originaria y autónoma y, por lo tanto, como fundamento de la maldad humana.(35)

El mal es una tendencia a la agresividad, a la crueldad, a la destrucción, pero en todo caso Freud va a asimilar el mal a la agresividad real y actuante. El mal será entonces una de las dimensiones del alma humana perceptible en la relación de un hombre con otro hombre, en donde el otro será sojuzgado, denigrado, en suma negado:

El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional, una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo, no es sólo un auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, disfrutar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, asesinarlo y martirizarlo. <<Homo homini Lupus>>(36)

#### 4. Fundamento del planteamiento freudiano de la moral.

La agresividad pone en cuestión toda relación con el otro porque el otro es siempre una oportunidad de satisfacer

35 En el Malestar en la cultura, Freud se reprochaba las resistencias que le impedían aceptar tal tendencia a la destrucción: "Recuerdo mi propia actitud defensiva cuando por primera vez emergió en la bibliografía psicoanalítica la idea de la pulsión de destrucción, y el largo tiempo que hubo de pasar hasta que me volviera receptivo para ella." y, finalmente señala: "En efecto, a los niños no les gusta oír que se les mencione la inclinación innata del ser humano al <<mal>> a la agresión y, con ellas a la crueldad." S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p.116.

36 S. Freud. Op. Cit. p. 108.



en él la agresión que habita en el ser humano. Al formar parte de la estructura pulsional del hombre, la agresividad trastorna las bases de la convivencia que requiere para tener lugar el respeto a la dignidad humana. Para Freud la bondad de la naturaleza humana es una ilusión. En este sentido, nuestro autor es un pesimista que sostiene que el mal en el hombre está de manera primaria y sustancial siendo por ello imposible desarraigarlo o suprimirlo sin suprimir a su vez al hombre mismo. Freud considera, junto con Hobbes, que el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo. Según Freud el desarrollo que él mismo hace de esta tesis es el desenmascaramiento más escandaloso, pues constituye un tête à tête con la realidad humana más elemental, desde donde se demuestra a la vida comunitaria como una necesidad y el malestar en la cultura como un destino. La vida comunitaria, si se quiere preservar la vida, es el destino del individuo, y sólo Eros es quien le muestra al hombre el camino hacia el otro a través de la identificación. Sin embargo, si bien Eros es condición necesaria para la creación de cultura, no parece ser condición suficiente. Se requiere de un mecanismo más eficaz que ponga límites a las fuerzas de la destrucción: La moral del superyó.

## II La autodestrucción como recurso de la cultura contra la agresividad.

### I La moral del superyó.

Freud, a partir de *El yo y el ello* (1923), propone una concepción de la psique dividida en tres partes: El yo, el ello y el superyó. Concibe al ello como un hervidero de pulsiones, sin sentido del tiempo, absoluto caos. El ello constituye entonces, la parte de la psique donde conviven el pasado y el presente, lo arcaico y lo nuevo del hombre, los deseos más antiguos. Representa -según el propio Freud- la instancia amoral donde impera la pulsión. Por el contrario, el yo (o conciencia) es la parte que recibe el influjo del mundo exterior a través de la percepción, que constata la existencia de objetos a través de la observación repetida. Parfraseando a Freud, no basta haber encontrado alguna vez un objeto sino reencontrarlo después -valga decir, en la percepción. Por último, la interpretación de la moral freudiana encuentra su núcleo con la propuesta de la moral del superyó.

Su origen se encuentra en la represión o superación del complejo de Edipo. Esto es, en la superación del deseo incestuoso, en la represión del deseo imperioso por parte del niño o la niña de tener un hijo con su padre o su madre. Y la hostilidad y sentimientos de rivalidad a que esto

conlleva hacia el padre o la madre. Este deseo de posesión del objeto se troca, mediante un proceso de identificación, en el ideal de construir la persona a imagen del objeto de deseo. Por ello, "el superyó es el heredero del complejo de Edipo" y la única vía de su superación. El niño acoge dentro de sí a los padres que como ideal del yo o superyó, resumirán todas las exigencias que se plantean al ser humano.

"Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó.(1)

La superación del complejo de Edipo y la instauración del superyó señala el surgimiento de la moral y del imperativo categórico, de las exigencias, de los imperativos, de los modelos; marca en suma, el surgimiento de "lo más elevado en el alma humana en el sentido de nuestra escala de valoración."(2)

"El ideal del yo satisface todas las exigencias que se plantean a la esencia superior en el hombre. (...) En el posterior circuito del desarrollo, maestros y autoridades fueron retomando el poder del padre; sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigentes en el ideal del yo y ahora ejercen, como conciencia moral, la censura moral. La tensión entre las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del yo es sentida como sentimiento de culpa." (3)

Pero también será en El yo y el ello donde Freud se pregunte por el sentimiento de culpa intrínseco a la dimensión moral,

1 S. Freud. Obras completas. T. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 49.

2 S. Freud. Op. cit. p.38.

3 Ibidem.

por el dolor que subyace al existir una diferencia entre la norma impuesta y el deseo, por la experiencia devaluatoria del sujeto al sentirse muy por debajo de la altura que le exigen los ideales; se pregunta por el carácter severo, condenatorio, cruel, en suma tiránico de la moral, de la regla interiorizada:

¿De dónde extrae la fuerza para este imperio, el carácter compulsivo que se exterioriza como imperativo categórico?(4)

La respuesta nos lleva a la fuente pulsional de la moral; ésta extrae su poder de las fuerzas emanadas del ello: de las pulsiones de muerte.

¿Cómo es que el superyó se exterioriza esencialmente como sentimiento de culpa (...) y así despliega contra el yo una dureza y severidad extraordinarias? (...) Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo puro de la pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte.(5)

Sin duda, esta respuesta mina la concepción autónoma de la moral; pues el sentimiento de culpa inconsciente, exteriorización de la moral sádica del superyó, se vuelve fundamento de toda valoración, de toda responsabilidad, origen y principio de todos los valores. Hacer de la pulsión de muerte base de la fuerza y eficacia de la moral

---

4 Ibid. p. 36.

5 Ibid. p.54.

es considerar a la moral como una formación reactiva, donde el deber se desprende de la culpa y no de una instancia independiente y autónoma como hasta ese momento se había considerado la función de la voluntad humana. En otro sentido, Freud cuestiona la autonomía de la moral, porque la moral es continuación de la dependencia infantil, de la indefensión originaria. Pareciera entonces que el ser humano está necesitado de tutela, de protección, de cuidado, pero no hay protección sin crueldad, sin castigo y severidad ahora internalizados. Tal es también la ambivalencia del superyó.

## 2 El masoquismo moral.

Más tarde, en el Problema económico del masoquismo (1924) Freud propone un masoquismo erógeno, un masoquismo femenino y un masoquismo moral; tres figuras del masoquismo que se ofrecen al observador analista.(6) Esto lo fundamenta sobre la hipótesis de la existencia de masoquismo originario en el organismo vivo:

---

6 El masoquismo se presenta de tres maneras como "una condición a la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la naturaleza femenina y como una norma de la conducta en la vida. De acuerdo con ello, es posible distinguir un masoquismo erógeno, uno femenino y uno moral."S. Freud. El problema económico del masoquismo. T.XIX.Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.167)

La pulsión de muerte actuante en el interior del organismo -el sadismo primordial- es idéntica al masoquismo. Después que su parte principal fue trasladada afuera, sobre los objetos, en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erótico, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo por objeto al ser propio.(7)

Sobre la base anterior, Freud sostiene la idea de que la moral obedece a un secreto afán masoquista del yo, a una necesidad de castigo que pide ser satisfecha, lo que se aviene perfectamente a las exigencias, a los ideales con los que el superyó martiriza al yo.

El yo reacciona con sentimientos de culpa (...) ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó.(8)

pues una vez que la pareja parental ha sido introyectada, se conservan "su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y al castigo"; mismas características del superyó: "duro, cruel, despiadado hacia el yo quien

7 S. Freud. Op. Cit. p.170 Freud inmediatamente a este fragmento añade "No nos asombrará enterarnos de que el sadismo proyectado, vuelto hacia afuera, o pulsión de destrucción, puede bajo ciertas constelaciones ser introyectado de nuevo, vuelto hacia dentro, regresando así a su situación anterior. En tal caso da por resultado el masoquismo secundario, que viene añadirse al originario." Este planteamiento de la pulsión de muerte como masoquismo originario, recuerda al planteamiento del narcisismo primario y narcisismo secundario elaborado por Freud en Introducción al narcisismo (S. Freud. Obras Completas, T. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1936.) Freud concibe al yo como un almacén de libido (narcisismo primario) del que parte a los objetos y puede ser de nuevo devuelto al yo. (narcisismo secundario). Vemos así, como en el problema económico del masoquismo es un intento de ajustar cuentas y establecer correspondencias entre las dos pulsiones: Eros y muerte.

8 S. Freud. Obras Completas. T.XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1936. p. 172.

tutela. (...)el imperativo categórico de Kant es la herencia directa del complejo de Edipo."(9)

Freud no aclara nunca sus referencias al imperativo categórico kantiano ni en qué sentido es utilizado; sin embargo sí podemos colegir (a partir de las premisas que nuestro autor asienta para su interpretación de la moral) que aún la universalidad y la necesidad con las que el imperativo categórico se formula provendrían del masoquismo del superyó, de su crueldad y dureza. Además, el apriorismo de la ley moral es posible gracias a que la moral ha sido previamente introyectada a partir de la identificación del niño con la imagen de los padres. Esto explicaría según Freud, porqué debemos ser morales y cómo se introduce la dimensión moral en el hombre. De cualquier modo, sería valioso investigar las equivalencias y los distanciamientos entre la propuesta interpretación freudiana de Kant y la misma propuesta kantiana.

### 3 Cultura y autodestrucción.

Para Freud, la cultura tiene por función, "la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres."(10) En este

9 S. Freud. Op. Cit. p.173.

10 S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p.88. En otro lugar del mismo texto señala como uno de los rasgos de la cultura "el modo en que se regulan los vínculos recíprocos entre los seres humanos...el

sentido, el superyó lleva a cabo la necesaria interiorización del otro en el individuo, la continuación de la empresa social por la interiorización de la autoridad paterna. Sólo así es posible que algo llamado cultura se sostenga. Por lo anterior, la moral del superyó representa el vínculo entre los individuos y la cultura; y con ello Freud propone una moral al servicio de la cultura. Sin embargo, en este punto encontramos una contradicción la moral se fundamenta en la pulsión de muerte que en el **Malestar en la cultura** es concebida entonces como la pulsión anticultural y opositora a la cultura. ¿Cómo es posible que la moral emerja de la anticultura? ¿cómo es posible que la moral se fundamente en la agresividad, en aquella parte de la pulsión de muerte que es origen del mal en el hombre?

En el **Malestar en la cultura** Freud hace más nítidas las relaciones entre el sadismo del superyó y la agresividad, relaciones que en el **Problema económico del masoquismo** quedaron apenas esbozadas:

---

elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales. de faltar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo." S. Freud. Op. Cit. p.93.



La reversión del sadismo hacia la persona propia ocurre regularmente a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones en virtud de la cual la persona se abstiene de aplicar en su vida buena parte de sus componentes pulsionales destructivos.(...) Empero, los fenómenos de la conciencia moral dejan colegir que la destrucción que retorna desde el mundo exterior puede ser acogida por el superyó, y aumentar su sadismo hacia el yo, aun sin mediar aquélla mudanza.(11)

Freud, en el *Malestar en la cultura*, da cuenta de la principal tarea de la cultura: inhibir la agresividad de los individuos. Sin embargo, tal tarea cultural no sería posible si al interior del sujeto no existiera algún dispositivo que llevará a cabo esa finalidad. El superyó es el lugar del sujeto donde se inscriben los principales objetivos de la cultura, a través de una doble tarea: la superación del complejo de Edipo que instaura la dimensión moral en el hombre y la inhibición de la agresividad de los individuos. Ambas tareas corresponderían a las prohibiciones que estructuran toda cultura: la prohibición del incesto y del parricidio (es decir, la inhibición de los impulsos hostiles hacia el padre). (12) El superyó en esencia es una formación reactiva en tanto que recibe su

---

11 S. Freud. Obras Completas. T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 175.

12 Dice Freud en *El porvenir de una ilusión*: "Y las primeras, pero las más profundas, limitaciones morales la prohibición de matar y la del incesto nacen del suelo del totemismo." S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 23.

alimento exclusivamente de la energía agresiva orientada hacia el mundo exterior pero que por impedimentos externos retrocede al yo. En este sentido, el superyó toma su fuerza de la agresividad proveniente del ello, porque es una instancia destinada a estar en contra del sujeto:

¿De qué medios se vale la cultura para inhibir, para volver inofensiva, acaso para erradicar la agresión contrariante?...¿Qué le pasa (al individuo) para que se vuelva inocuo su gusto por la agresión? (...). La agresión es introyectada, interiorizada, pero realidad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el propio yo. Ahí es recogida por una parte del yo, que se contrapone al resto como superyó y entonces, como «conciencia moral», está pronta a ejercer contra el yo la misma severidad agresiva que el yo de buena gana habría satisfecho en otros individuos, ajenos a él.(13)

Prueba de ello es que cada agresión y transgresión no cumplida aumenta la severidad del superyó (14), y más aún según Freud el superyó se genera tras la primera renuncia de lo pulsional:

Cada renuncia de lo pulsional deviene ahora una fuente dinámica de la conciencia moral; cada nueva renuncia aumenta su severidad e intolerancia...La conciencia moral es la consecuencia de la renuncia de lo pulsional; de otro modo: La renuncia de lo pulsional (impuesta a nosotros desde afuera) crea la conciencia moral, que después reclama más y más renunciaciones.(15)

---

13 S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 119.

14 Para Lacan, si cada renuncia de lo pulsional refuerza la severidad del superyó, es porque el imperativo del superyó es: Goza! (Jacques-Alain Miller. Recorrido de Lacan. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 1986. p.140) El superyó para el clan de los lacanianos está del lado del goze. No es opuesto a él.

15 S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p 124.

Más radical aún, Freud sostendrá que el superyó se sostiene y se soporta desde la sofocación de cada agresión:

Cada fragmento de agresión de cuya satisfacción nos abstenemos es asumido por el superyó y acrecienta su agresión (contra el yo)(16)

En consecuencia, Freud vió tal contradicción inherente en la moral, que se manifiesta justamente en la insatisfacción e infelicidad humana. Pues cuanto más moral es el hombre más dañado e infeliz es. Podemos afirmar que todo el desarrollo del Malestar en la cultura, desde el inicio, tiene como finalidad aclarar el problema de la infelicidad humana. La antropología filosófica freudiana ha tratado de dar razón del hombre dañado, insatisfecho, infeliz, sin posibilidades de reconciliarse con el mundo vinculando este hecho con la dimensión moral propuesta como la aportación más relevante de la cultura. Freud propone como causa indiscutible de la infelicidad y de malestar la autodestrucción; y concibe el fenómeno moral aunado necesariamente a la culpabilidad.

Y es que, la pulsión de muerte obligada a retroceder, es la pulsión de muerte que está totalmente al servicio de la cultura. Es este el problema más grande para el individuo, recinto de este malestar. Se trata del malestar en la cultura del individuo y es a este malestar en la cultura al que Freud hace referencia:

---

16 S. Freud. Op. Cit. p.125

Sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, y mostrar que el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa.(17)

Y, señala Freud, esto no puede traer por consecuencia más que "un incremento de la autodestrucción, por lo demás siempre presente."(18)

Lacan, teórico francés que ha introducido en la psiquiatría y en la interpretación de Freud la revolución estructuralista, describe -en sus estudios sobre la agresividad- al hombre como resultado de esta exigencia de autodestrucción, y esta última, como vía aceptada para acceder a la vida comunitaria. Incluso, observa como el hombre de la modernidad se ha construido por la tiranía del trabajo o por la tiranía del amor; ambas hacen caer al sujeto bajo la consideración de ser de nada. Lacan describe al hombre de una manera patética: como un sujeto desgarrado que "a cada instante constituye su mundo por medio de su suicidio" y agrega:

Es a esta víctima conmovedora, evadida por demás irresponsable en ruptura con la sentencia que condena al hombre moderno a la más formidale galera, a la que recogemos cuando viene a nosotros, es a ese ser de nada a quien nuestra tarea cotidiana consiste en abrir de nuevo la vía de su sentido en una fraternidad discreta por cuyo rasero somos siempre demasiado desiguales.(19)

---

17 Ibid. p.130.

18 Ibid. p.115.

19 Jacques Lacan. Escritos 1. México: Siglo XXI, 1984.p.116.

Se trata de una moral que sólo beneficia a un mundo que se construye día a día a costa de la muerte del individuo, de una moral al servicio de los bienes y de los otros, (esto en el sentido más impersonal del término). Pero acaso ¿no es ésta la moral del Eros, del eros creador de cultura; en tanto que busca cohesionar, aglomerar, ligar entre sí a un mayor número de personas en grandes unidades como declara Freud en el *Malestar en la cultura*? Y mientras esta tarea se cumple, a la inversa, el individuo se autodestruye cotidiana y sistemáticamente. Esto es, puesto que el desarrollo de la cultura—que se fundamenta básicamente en el Eros— tiene como costo la infelicidad del sujeto se crea una paradoja en Eros que es irresoluble. Esta paradoja estriba en el hecho de que al realizarse su designio de aliar individuos al precio de la autodestrucción del sujeto se opone fuertemente con su dimensión más originaria: el narcisismo. El Eros entonces ha sacrificado también el amor por sí mismo. Ha sacrificado el narcisismo por la empresa cultural. Por ello, todo el amor se ha puesto al servicio de la cultura y es este amor quien también contribuye al logro de la autodestrucción y debilitamiento del sujeto. De ahí que P. Ricoeur diga:

Mortificando al individuo, la cultura hace que la muerte se ponga al servicio del amor.(20)

En este sentido, nosotros desconocemos los rendimientos de la pulsión de muerte porque no la conocemos más que en el contexto de la moral sádica del superyó y el masoquismo moral. Lo que resalta en la interpretación freudiana de la moral como detención de la agresividad por la culpa, es que ella parece anular cualquier posible interpretación positiva de la agresividad.

### III CUESTIONAMIENTO DE LA FERTILIDAD DEL CONCEPTO DE PULSION DE MUERTE PARA LA REFLEXION ETICA.

#### 1 Critica a la interpretación de la moral elaborada por Freud.

El error en el tratamiento: no se quiere combatir la debilidad con un sistema fortificante, sino con una especie de justificación, moralización, es decir, interpretación. NIETZSCHE,  
La voluntad de poderio.

Comenzaré por presentar críticamente la interpretación freudiana de la moral cuya característica más importante es considerar que la moral requiere -para ser efectiva- de la violencia del hombre contra si mismo. Y, dado que esta interpretación pretende dar cuenta de los fundamentos de la moral en general; la culpa y el sometimiento se vuelven intrínsecos a la vida moral. Freud simplemente enuncia, muestra, da cuenta, mas no constituye una critica sistemática a tal moral. Por el contrario, en esa interpretación de la moral se resguarda, una concepción de los fenómenos morales que no traspasa el ámbito de la moral dada, porque simplemente la moral es vista desde los ojos de esa misma moral, no con la mirada desde lo alto que caracteriza a la ética. Por lo anterior, Freud acaba por afianzar aún más la idea que considera necesario que el individuo, para constituirse como ser de cultura, detenga su

agresividad interiorizándola: la moral de la autodestrucción es el pilar de la cultura.(1)

Sin duda, esta interpretación de la moral, como vimos en la segunda parte, se basa en la concepción negativa que Freud nos ofrece del individuo. Este entraña pulsiones que pueden perturbar las relaciones sociales. Así, en El porvenir de una ilusión, hay un conservadurismo excesivo que lleva incluso a mencionar la necesidad de vigilar a los individuos, de protegerse de ellos, ya que para Freud el individuo es un ser anticultural, antisocial que no tiene a

---

1 Cabe aquí hablar de Nietzsche quien se abocó a hablar de los mismos temas que Freud llegando a distintas conclusiones. Sin embargo, en la obra de Nietzsche encontramos más bien una denuncia a la moral del resentimiento, a la interiorización de los instintos, a la mala conciencia. En Nietzsche todas estas connotaciones no son propias de la ética, sino de una moral particular que tuvo su origen en el devenir de la cultura occidental: la moral judeo cristiana. De ahí su genealogía, de ahí su negativa a concebir a la moral cristiana como absoluta, y al altruismo, la autonegación y el autosacrificio como intrínsecos a la moral: "Necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner en entredicho el valor mismo de esos valores- y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias en las que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron(...) Se tomaba el valor de esos <<valores>> como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda.". Tras esta crítica a la moral cristiana Nietzsche propone una ética: la ética de la voluntad de poder. Esta ética se fundamenta en la afirmación de que todo ente busca acrecentar su poder y afirmarse en toda parte y desde cualquier punto de fuerza. Por lo tanto, si todo ente busca la afirmación de los instintos fuertes. No es característica constitutiva ni de los hombres ni de la moral la autodestrucción. La ética de la voluntad de poder -contraria a la moral de la autodestrucción - es la ética de la aventura y del deseo de ser más. Esta ética es la alternativa contra el debilitamiento humano, contra la mediocridad y el empujamiento constitutivos de la moral cristiana. F. Nietzsche. La genealogía de la moral. Madrid: Alianza editorial, 1981, p.5-6



la cultura como genuino interés propio. A tal punto, esto es así, que las desgracias sociales no provienen de regímenes políticos y sociales inconvenientes sino de los individuos:

Todo individuo es virtualmente un enemigo de la cultura, que empero está destinada a ser un interés humano universal. (...) La cultura debe ser protegida contra los individuos y sus normas, instituciones y mandamientos cumplen esa tarea (...) preservar de las mociones hostiles a los hombres.(2)

Los impulsos egoístas, hostiles y anticulturales constituyen una amenaza de disolución de los vínculos sociales, de las obras alcanzadas por la cultura, vale decir por Eros. En este sentido si bien Freud se inquieta sinceramente por la infelicidad del hombre en el seno de la cultura, no ofrece escapatoria a este malestar. Lo que en Freud queda descalificado es la idea de un sujeto fuerte, pues, en el Malestar en la cultura no hay otra moral más que la moral de la debilidad y del temor, y con ello la construcción del individuo debilitado. En el Malestar en la cultura la ética del superyó no conlleva fuerza, vigor:

La cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo y desarmandolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, (superyó) como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada.(3)

---

2 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.6.

3 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p.120.

La función de la moral del superyó en el contexto de la cultura es debilitar al hombre hasta volverlo pusilánime, inofensivo, casi inexistente. Para nuestro autor el individuo es un enemigo de la cultura (4), y es necesario debilitarlo y desarmarlo. Esto se logra cuando la pulsión de muerte, que es punto de fuerza del individuo es vuelta contra su portador, contra la vida, para generar un individuo agotado, inofensivo, cansado.(5)

En Freud, hay un juicio negativo de la agresividad, como si toda agresividad fuera una destrucción real y efectiva. El concepto de agresividad que Freud acuña carece de grados y matices, es destrucción estéril siempre y necesariamente. Con ello convierte a la agresividad -de manera inequívoca- en antípoda de cualquier propuesta ética. Su procedimiento teórico basado en una antropología filosófica para luego ofrecer una interpretación de la moral hace imposible cualquier reconciliación entre la ética y la agresividad, porque precisamente su moral se valida en su concepción negativa del hombre. Falta a su obra una evaluación del lugar de la pulsión de muerte en la vida humana; es la razón

4 S. Freud. Obras Completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.p.6.

5 Nietzsche en este sentido ya había hablado del tipo de la decadencia: "Todo lo que se hace sumido en la debilidad fracasa. Una especie de auto-destrucción, el instinto de autodestrucción es comprometido. El débil se daña a sí mismo. Este es el tipo de la decadencia."F Nietzsche. La voluntad de poderío. Madrid: EDAF, 1986. p. 52.La debilidad proviene de la renuncia "a la venganza, a la resistencia, a la enemistad, a la cólera." Es la renuncia a negar por un "Todo está bien"; -dice Nietzsche-nos cuesta trabajo negar-Sufrimos cuando somos lo bastante poco inteligentes como para tomar partido contra algo."F. Nietzsche. Op. Cit. p.53

por la cual Freud no pudo proponer, por lo menos hasta el Malestar en la cultura, otra moral que no sea la moral del superyó. (6)

## 2. ¿Otros significados de pulsión de muerte?

Por otra parte, es verdad que la interpretación freudiana de la cultura ofrece elementos importantísimos e indispensables para una comprensión más dinámica de la ética; tales como su concepción de la pulsión de muerte como origen del descontento, de la inconformidad y la oposición.

La pulsión de muerte como agresividad es un factor perturbador, y por lo tanto el principal obstáculo de la cultura; vemos entonces que en Freud la pulsión de muerte es una pulsión que nos protege de los conformismos, de todos

---

6 Esto es, Freud comienza a vislumbrar que al hombre le queda como medio de superación de la moral del superyó el camino de la racionalidad, que el hombre sólo podía limitar las demandas incumplibles del superyó limitándolo, rebajando sus pretensiones, haciendo ver su imposibilidad de realizarse poniéndolas a prueba con la realidad. Como dice J. González "se trata de una moral eminentemente realista y "sin pecado". Es una moral regida por la conciencia y el principio de realidad que también trae por consecuencia no sólo la caída de las falsas exigencias -por irrealizables- del superyó, sino la caída de las ilusiones y de los ídolos. Como dice P. Ricoeur, es la dura disciplina de la realidad. Freud así, viene a reafirmar que la libertad humana se juega en una apuesta de la razón en contra del sufrimiento que imponen los límites interiores y exteriores. El salto de la moral del superyó a la moral del yo se observa con nitidez en las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Cfr. Juliana González. El malestar en la moral. "Ethos Thanatos. Ethos y Eros." México: Joaquín Mortiz, 1986. Paul Ricoeur. Freud: Una interpretación de la cultura. "Principio del placer y principio de realidad. México: Siglo XXI, 1985.

los falsos acuerdos que pierde el tiempo en establecer Eros. Freud propone una pulsión que pueda decir No, cuando estamos a punto de ser llevados a la tibieza de la comodidad, del bienestar y de la complacencia por no decir de la condescendencia que es el objetivo de Eros:

La afirmación -como sustitutiva de la unión -pertenecce al Eros, y la negación- sucesora de la expulsión-, a la pulsión de destrucción.(7)

Se descubre que la pulsión de muerte es fuerza, es valentía; pero también es la posibilidad de afirmarse en un mundo que en modo alguno está hecho a nuestra medida. El sí inopinado es nocivo para toda ética que propone valoración y tensión constante. Para decir sí hay que decir no, y viceversa; de lo contrario, estaremos destinados a una ética de la medianía y de la mediocridad.

Por ello, la pulsión de muerte es la "pulsión anticultural", antirrealista; es la que hace que el hombre no sea de una sola pieza con el mundo, con su sociedad y con su cultura; en efecto, la pulsión de muerte es productora de una tensión entre el individuo y el orden del mundo de la cual la vida ética, entendida como la vida que cuestiona lo dado, recibe constantemente su alimento. Esto significa que, con la propuesta de la pulsión de muerte Freud reconoce, aunada a la sexualidad y en el interior del individuo, una fuerza viva y pulsional de descontento. Su

---

7 S. Freud. Obras Completas. T. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p. 256.

interpretación de la pulsión de muerte deja entrever el descontento como una necesidad humana-individual, como posibilidad necesaria de toda ruptura del orden. La pulsión de muerte aparece en la obra de Freud como una negativa a la inmovilidad, como un llamado a la acción, y sus efectos no dejan de ser inquietantes. De la pulsión de muerte emerge la acción que nace para negar lo dado, para transformar la dureza de la realidad.

Cabe ver en la pulsión de muerte como el germen de la inconformidad humana. En efecto, ¿qué pasa si desterramos la agresividad de la vida ética? Entendemos por ética -como lo señala J. González- la disciplina teórica que versa sobre los fenómenos morales. Pero también la palabra ética hace referencia a la moral interior, a la moral que no es dada, sino creada y autoimpuesta por el sujeto a partir del diálogo con los hechos morales, con las costumbres, y con los otros. La ética, en el sentido de moral interior, va más allá de la norma que conserva y mantiene lo dado. Es en ella donde se funda la convicción de que al desterrar toda clase de descontento humano, se destierra el humus de la ética para reducir al hombre a un simple ejecutor de normas. La ética comienza cuando se cuestionan las normas, cuando al acatarlas no encontramos el reino de la felicidad y el consenso que prometían. El mundo de la valoración no puede ni debe ser reiterativo de órdenes, ni de normas; las cuestiona. Es en esencia una actividad que busca la naturaleza de los actos humanos en lo que estos tienen de

creador y transformador, y esto no puede ocurrir si concebimos a los sujetos como pasivos, resignados y cobardes. El héroe ético es precisamente quien trastoca la dureza de lo real; quien concibe que el mundo humano no es dado sino que es formado, pero que nada es formado en él si no es en primera instancia conformado por la valoración y la consecuente apuesta por esos valores a través de la acción humana. El héroe es creador de un mundo humano, de su mundo humano a través de lo que considera que vale la pena afirmar activamente. La valentía la encuentra por lo que él cree que merece la pena. El héroe no reproduce órdenes: los crea. Y al crearlos se crea a sí mismo, da forma a su libertad. El héroe es entonces aquel que transmuta lo necesario y se abre a lo posible, o como dice Fernando Savater:

El héroe es el hombre que quiere; pero este querer se expresa en la afirmación de un ideal ético propio, de una sublevación contra lo genérico que propone nuevas normas a su medida y, también, es padecido como separación culpable.(8)

Pero, ¿qué ocurre cuando detenemos nuestra capacidad de disenso? ¿Podemos hablar entonces de la detención de la agresión por la culpa? ¿de un proceso de pérdida de la realidad del objeto de nuestro descontento? Perdemos lo que nos molesta, enoja, defrauda, y actuamos enojados, molestos con nosotros mismos dejando a la realidad incólume. Nos convertimos en sujetos indiferentes y pasivos. Pero, éste es el hombre moral en el Malestar en la cultura: un

---

8 F. Savater. La tarea del héroe. Madrid: Taurus, 1986.p.50.

individuo débil para cambiar el mundo, para decir no a la injusticia, para negar. De la interpretación de la moral en Freud se puede extraer una consecuencia: la propuesta de una moral que no tiene la principal de sus características: la valentía. La moral de la cultura -como habíamos visto- es la moral de la debilidad, porque el individuo cuanto más moral es, es también más débil y enfermo.

Es asombroso que el ser humano, mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo -y por ende más agresivo- se torna en su ideal del yo.(...) mientras más un ser humano sujeta su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo.(9)

Hemos visto que en Freud la esencia del individualismo

(10) es el descontento, la expresión autónoma de lo que la

9 S. Freud. Obras Completas. T. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.55.

10 Freud, en el Psicología de las masas y análisis del yo, se percataba de que la hostilidad preside a la diferenciación, y que el Eros a través del proceso denominado identificación coadyuga a la formación de la masa en donde "los individuos se sienten homogéneos; toleran la especificidad del otro, se consideran como su igual y no sienten repulsión alguna hacia él." (S. Freud. Obras completas, T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.107-108) Esto significa que el individuo de la masa tolera al otro en la medida en que se lo iguala, en la medida en que el yo es el rasero con el que se mide al otro; pero no tolera la diferencia. Por ello, la pulsión de muerte vuelve al individuo sensible a las "particularidades de la diferenciación." (S. Freud. Op. Cit. p.97) Es extraño que Freud no haya profundizado más en el concepto de pulsión de muerte como principio de individuación, para Norman O. Brown si Eros busca la unión, Tánatos busca el logro de la individualidad y la diferencia, busca concretar la individualidad. "El teorema freudiano de que Eros (...) tiende a conservar y a enriquecer la vida, buscando la unificación, contiene implícitamente el teorema de que la finalidad del instinto de muerte es la separación. Si la muerte da individualidad a la vida y si el hombre es el organismo que reprime la muerte, entonces el hombre es el

realidad es y de lo que le falta. Y es precisamente contra el individuo que lucha la cultura a través del domeñamiento de la pulsión de muerte. Por eso, parafraseando a Freud, para domeñar a la pulsión de muerte es necesario domeñar el individuo. Esto significa volver inocuo su descontento e inconformidad. La autodestrucción es en suma el recurso contra toda posibilidad de negación, contra toda rebeldía. En las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Freud señala:

La institución del superyó, que atrae hacia sí las peligrosas mociones agresivas, establece (...) una guarnición militar en los lugares inclinados a la revuelta. (...) Es necesario confesar que el yo no se siente bien cuando así se lo sacrifica a las necesidades de la sociedad, cuando tiene que someterse a las tendencias destructivas de la agresión que de buena gana habría dirigido contra otros.(11)

El individuo de la cultura, tal y como Freud lo entiende, ya no se opone: ha silenciado su descontento, hasta llegar a parecerse a las cosas inertes, ya no es un individuo del que emanen valores fuertes y afirmativos. Y es que de ésta interpretación, no hay manera de extraer valores que coadyuven a la expansión y afirmación de la persona lo cual considero debe ser una de las finalidades de la ética teórica. Esta no puede dejar para más tarde el ofrecimiento de un puesto justo y digno a la individualidad, porque sabe

---

organismo que reprime su propia individualidad."(N. O. Brown. Eros y Tanatos. México: Joaquín Mortiz, 1987.p. 128)

11 S. Freud. Obras completas. T.XXII. Buenos Aires: Amorrortu. p.103.



que la pretensión ética está en la esencia de lo humano constituyéndose en su destino; y por lo mismo también sabe que del punto de vista ético depende todo el ser y no ser de las personas en tanto personas. A la ética le corresponde por lo tanto aclarar, expresar y explicitar las soluciones a las demandas individuales. Esto significa que la ética o filosofía moral debe tener entre otros puntos de partida las necesidades insatisfechas de los individuos que como tales limitan la realización de una existencia individual e intersubjetiva más plena.

Por otro lado, Freud ha desechado toda clase de negación sea razonada o no, sea discriminada o no, al colocar toda conducta práctica de parte de la sociedad, y en consecuencia limitando todo concepto de autenticidad y autonomía. El hombre que emana de esta crítica a la cultura no es un héroe sino un cobarde. El mismo Freud, en una nota a pie de página utiliza un Fragmento del monólogo de Hamlet: "Así, la conciencia moral nos vuelve a todos cobardes."(12)

No he podido coincidir con la interpretación freudiana respecto a la pulsión de muerte -que parece agotarse en la esterilidad de la destrucción- ni con la propuesta de una moral al servicio de los otros. Con ello se pierde la oposición, la discrepancia, la rebeldía, la negación activa y creadora como genuinas formas de destrucción que llevan a proponer nuevas formas de relaciones, de existencia, de

---

12 S. Freud. Obras completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1986. p.120.

valores y más aún, a una eclosión de la identidad que conduce al sujeto a ser otro del que era. Es decir, la interpretación freudiana de la moral deja literalmente sin lugar a un gran número de fenómenos morales que suceden y existen y que llevan el signo de la "desobediencia" y son sin embargo, más cercanos a los conceptos de libertad, responsabilidad, y autonomía. Triada que es indispensable tener presente al tratar con otras concepciones de la moral y la ética para ver en qué medida se acercan o se alejan, defienden o impugnan la posibilidad permanente del hombre de hacerse y de no hacerse, propio de su condición ética.

La ética parece implicar una tensión constante entre el pasado y el futuro, la identidad y el egoísmo, entre lo que es y debe ser, entre lo que se es y se quiere ser. La ética socrática precisamente consistía en hacer aparecer las tensiones ahí donde el sujeto se sentía suficientemente afianzado y asegurado por el mundo de los otros. Sócrates con su método mayeútico agujoneaba al sujeto para convencerlo de que no era tan virtuoso como creía. De que no era lo que pensaba que era, poniendo su identidad totalmente en duda. Asimismo Victoria Camps, considera que la moral individual ha de estar en constante reelaboración para que podamos encontrar en ella el significado y el sentido de nuestra vida en común. Es decir, el *ethos* del hombre, en el sentido de morada, ha de ser lo suficientemente maleable como para dar lugar a una comprensión más amplia de sí mismo y de los otros

Uno no se hace a sí mismo sin una idea de qué tipo de persona se aspira a ser. Pues bien, ese arquetipo de persona es, inevitablemente, una búsqueda, una lucha por no dejarse absorber, y un descubrimiento colectivo y dialógico. (13)

Pero para poder entender esto, es necesario darle su justo lugar a la insatisfacción y al descontento como actitudes que si bien hacen transitar la vida por el caos y el desorden pueden prometer un orden. Esto significa que la oposición, y el descontento que ésta genera, es un movimiento encaminado a la producción de nuevos órdenes y para ello es necesario no satanizarla, no verla como un mal que es común a los ojos de la costumbre y de la vida cotidiana. Lo que provoca el miedo al descontento es el hecho de que no se lo viva como un vehículo de creación de formas sociales y de sentidos nuevos, provocando más bien, con el afán de evitar sus consecuencias, un estado mecánico, una situación donde el hombre se encamina a sostener el mundo exterior, pero sin el menor sustento interior. La ética, en el sentido de moral interior, debe aprender a vivir a fondo la confusión, y el desamparo que provoca la insatisfacción, no a partir de lo que sucede, sino a partir de la certeza de que algo se gesta desde el caos. No debemos partir del miedo, sino de la esperanza. Esto es, es necesaria la confrontación, el diálogo; la aventura del "disenso" que refleje -también al exterior- la vida humana

más viva, más en creación y no en degradación constante; es decir, que refleje nuevas posibilidades de convivencia interhumana.

### 3. Otra lectura de la pulsión de muerte: Lacan y la ética del deseo.

Lacan, psicoanalista que propone que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, y que el lenguaje es la ley de toda la cultura, se preocupó por reelaborar lo que Freud concibió como pulsión de muerte. Para Lacan, es necesario repensar a la pulsión de muerte pero no a partir de una energética, no a partir de las fuerzas, no a partir de una comprensión cuantitativa de la misma que la identifique con la tendencia al descenso de la excitación como Freud lo hizo en *Más allá del principio del placer*. Es en esta obra en donde radica el punto débil de la formulación freudiana, ya que al proponer la naturaleza como algo soportado en el sujeto de la pulsión, sustituye a "la naturaleza por un sujeto".

La pulsión de muerte no es una tendencia a la extinción de la excitación, una tendencia a la nada, una tendencia al regreso a un estado anterior, al estado inorgánico, al estado de reposo de la piedra; sino una voluntad de destrucción, una "voluntad de comenzar de cero" (14)

---

14 J. Lacan. *La ética del psicoanálisis*. Seminario 7. Buenos Aires: Paidós, 1988. p. 256.

Comenzar de nuevo y desde la nada: ese es el sentido de la pulsión de muerte. La pulsión de muerte —dice Lacan— es voluntad de destrucción ya que, "en la medida en que pone en cuestión todo lo que existe, (...) es igualmente voluntad de creación a partir de nada, voluntad de recomienzo." (15) En Lacan, la pulsión de muerte al cuestionar todo, al imponer radicalmente la duda, es ruptura del orden para partir de un nuevo comienzo. Y desde esta duda el hombre crea: toda creación es creación a partir de la nada. Esta nada Lacan la llamó Das Ding, La Cosa. La Cosa plantea al sujeto en tanto que no sabe, señala el punto mismo de su ignorancia. Es lo que está más allá de la estructura de la experiencia acumulada, lo que se remonta más allá de la cadena del significante en el que según Lacan el hombre se encuentra capturado. La cadena del significante que hace que desde el comienzo el hombre esté preso, cautivo dentro de la historia, dentro de lo memorizado como discurso que dirige y antecede al sujeto estando ahí de manera inconsciente —hace también que el sujeto sea sólo su soporte. Contrario a la cadena del significante está La Cosa; "el fuera de significado". (16) Pues bien, la pulsión de muerte remite a ese punto vacío constantemente, "indica ese punto la Cosa, lo infranqueable" y por lo mismo obliga a contornearla, a cercarla para concebirla. La pulsión de muerte permite pensar el sentido de la experiencia analítica, pues si no

---

15 J. Lacan. Op. Cit. p. 257.

16 Ibid. p.70

fuera por ella ¿cómo podríamos salir del círculo de la repetición de la propia historia? ¿Cómo podríamos crear un nuevo comienzo? ¿Cómo recomenzar una nueva tentativa? "Tan sólo la perspectiva de un comienzo absoluto marca el origen de la cadena significativa como orden distinto (La Cosa), que aísla en su dimensión propia lo memorable y lo memorizado, no implicando perpetuamente el ser en el ente." (17)

Desde la perspectiva ética, la muerte en Lacan significa ruptura del orden que para él implica justamente el punto donde se instaura el campo de la ética. Para este innovador del psicoanálisis, sólo hay ética ahí donde el sujeto se lanza a lo incondicionado, a una suerte de elección absoluta que lo distancia de lo dado, (18) de aquella moral al servicio de los bienes y de los otros, que lo distancia de una moral de la comodidad encaminada al servicio de la casa, de la familia, de las riquezas, de la ciudad, de la profesión. "Más allá del servicio de los bienes e incluso del propio éxito de sus servicios, entra en la zona donde busca su deseo"(19), para entrar ahí en donde "no puede esperar ayuda de nadie". Para Lacan es por el deseo (no por las veleidades de la demanda que demanda siempre otra cosa) que el hombre entra en "relación consigo mismo que es su propia muerte", debido a que el deseo contrario a la demanda se formúla "desde una perspectiva de Juicio Final"(20) Con

---

17 Ibid. p.258.

18 Ibid. p.269.

19 Ibid.p.363

20 Ibid.p.351

su deseo incondicionado y absoluto, el hombre descubre que puede faltar en la cadena de lo que él es; descubre que puede faltar en la cadena del significante.

Si hay autenticidad, la pulsión de muerte vinculada con el deseo exige ser fuertes e indomeñables, pero sobre todo insobornables. Pues sin dudas:

Para quien avanza hasta el extremo de su deseo, todo no es rosa. Pero es igualmente desengañado -y es lo esencial- sobre el valor de la prudencia que se opone a él, sobre el valor totalmente relativo de las razones benéficas, de las ligazones, de los intereses patológicos (...) que pueden retenerlo en esa vía arriesgada.(21)

El deseo es una exigencia que se tiene que vivir hasta transitar en la segunda muerte,

La reproducción de las formas alrededor de las cuales llegan a ahogarse, en un callejón sin salida de conflictos, sus posibilidades, a la vez armónicas e inconciliables, es todo lo que es necesario descartar para forzarla, si puede decirse, a recomenzar a partir de la nada.(22)

Sin embargo, si el hombre no puede actuar en conformidad con su deseo es por cobardía, porque "en el fondo-dice Lacan- es más cómodo padecer la interdicción que exponerse a la castración (...) muy a menudo no hay, en los deberes que el hombre se impone, más que el temor de los riesgos a asumir si no se los impusiese."(23) Sin embargo, "La única cosa de la que se puede sentir culpable -dice Lacan- es de haber

21 Ibid., p. 384.

22 Ibid., p.312

23 Ibid., p.365.

cedido en su deseo."(24) Pero, en realidad, la culpa proviene también del hecho de no haber querido pagar las consecuencias que implica vivir en conformidad con el deseo.

Hacer las cosas en nombre del bien, y más aun, en nombre del bien del otro, esto es lo que está muy lejos de ponernos al abrigo, no sólo de la culpa, sino de toda suerte de catástrofes interiores.(25)

Lacan ejemplifica una ética de la pulsión de muerte recurriendo a personajes de Sófocles. La pulsión de muerte interpretada por Lacan arranca al sujeto de sus deberes exteriores, del mundo de los gestos y de las buenas maneras, para poner en su lugar un Antes bien no ser, que es el imperativo del héroe, quien no vive ni con deseos ni intereses uniformados. Así, Antígona, a pesar de contravenir las leyes de la ciudad, decide dar sepultura a su hermano cuyo castigo sería ser enterrada viva;

El límite exterior que es el que retiene al hombre en el servicio del bien, es el *primum vivere*. Es el temor, como se nos dice, (...) y continúa "Estas pampinas nada son para el héroe, para quien llega hasta el antes bien no ser del verdadero ser-para-la-muerte, a su maldición consentida. (...) La entrada en esa zona está constituida para él por la renuncia a los bienes y al poder en los que consiste la punición, que no es tal. Si (Edipo) se arranca al mundo por el acto que consiste en engeguerse, es porque sólo quien escapa a las apariencias puede llegar a la verdad.(26)

Es interesante cómo Lacan le da a las acciones éticas que se rigen con el imperativo Antes bien no ser un carácter de verdad, que va ligada a la valentía pero una valentía

24 Ibid. p.382

25 Ibid. p.380.

26 Ibid. p.368-369.



provocada por una certeza que se soporta. Los valores y el valor mismo provendrían de certezas terribles, de verdades que no es posible no seguir viéndolas. De alguna manera el sujeto de la ética en Lacan es quién vive en la verdad, en su propia verdad, en una verdad dolorosa y terrible: Una verdad que no es universalizable, una verdad particular. Porque toda verdad es dolorosa es que escuchamos en la flauta mágica: "la verdad aunque sea un crimen". Es una certeza oculta del dolor como instrumento de conocimiento, de la experiencia de dolor que acompaña todo conocimiento de la verdad humana, que es aquella que no se sabe sin dolor. De ahí que el psicoanalista uruguayo J.C. Piá comentando a Lacan diga: "Esto sería la pulsión de muerte al servicio de un Eros inédito. Estar dispuesto a matar, a morir para que algo verdadero tenga lugar." (27) Y así Edipo corre a la verdad y se saca los ojos. Pero cuando no se está dispuesto a saber, tampoco se está dispuesto a morir.

El acceso al deseo necesita franquear no sólo todo temor, sino toda compasión, que la voz del héroe no tiemble ante nada y muy especialmente ante el bien del otro; en la medida que todo esto es experimentado en el desarrollo temporal de la historia, el sujeto sabe un poquito más que antes sobre lo más profundo de sí mismo. (28)

#### 4 Discordancias Freud-Lacan con respecto a la pulsión de muerte y la ética.

---

27 J. C. Piá y otros. A medio siglo del malestar en la cultura. "Sueño y tiempos de Freud". México: Siglo XXI, 1988. p.252 .

28 J. Lacan. La ética del psicoanálisis. Seminario 7. Buenos Aires: Paidós, 1988. p. 384.

En el Seminario de la Etica Lacan hace entrar en juego a una nueva concepción de la pulsión de muerte para la construcción de una ética del deseo. La pulsión de muerte, es entendida en ese texto como voluntad de recomienzo, que es el paso necesario para vivir en conformidad con el deseo. La pulsión de muerte ofrecería no una vida al servicio de los bienes, sino, que al vivir el hombre los bienes en conformidad con su deseo éstos pasan a ser el precio que hay que pagar por entrar en esa vía. Y de ahí la descripción de Edipo Rey hecha por Sófocles en Edipo en Colona; ha perdido absolutamente todo lo que poseía, menos a sí mismo, que es justo su deseo. El deseo es "hablando estrictamente lo que somos y lo que no somos, nuestro ser y nuestro no ser"(29) El ser y el no ser del hombre dependen de sus vínculos con el deseo.

Por otro lado, Lacan no desecha la hipótesis de la autodestrucción y la culpa, sólo que éstas son privativas de una ética que arroja al sujeto al servicio de los bienes y la comodidad. La interpretación moral en Freud es la del sujeto que sucumbe a la culpa porque traiciona a su deseo pues -como el mismo Freud lo señala- cada agresión y transgresión no cumplida aumenta la severidad del superyó. Freud, en el Malestar en la cultura arroja al ser humano al servicio de los bienes pues pone la moral al servicio de la cultura. Lo que describe Freud en el Malestar en la cultura

---

29 J. Lacan. Op. Cit., p.382.

es precisamente la traición al deseo: "La traición, (al deseo) que se produce casi siempre tiene como efecto el arrojarlo definitivamente al servicio de los bienes" (30) En Lacan, ceder en su deseo significa la entrega a la culpa; en Freud detenerse en su agresividad es autodestrucción.

Freud no pudo llamar de mejor manera a la agresividad; ésta tiene sus estrechos vínculos con el deseo de Lacan, pues el deseo y la agresividad explican la transgresión. Sin embargo, Lacan indagó las consecuencias de la agresividad, la voluntad de destruir todo lo que está dado en la realidad y lo que somos, -tal y como hemos estructurado hasta ese momento la vida-, para comenzar de cero y desde la nada. Como sucede con el deseo insospechado de cambiar de rumbo.

Freud propone la necesidad de un individuo sacrificado a la cultura al silenciar en el individuo la agresividad. Lacan, a mi juicio, representa el ajuste de cuentas necesario para hacer de la pulsión de muerte no la expresión de lo antiético en el hombre, sino una expresión de lo que el hombre realmente quiere y busca: su deseo. Más aún, el hombre al encontrarse con su deseo, es decir consigo mismo, se encuentra ya encaminado a la transgresión de lo formado para crear un nuevo comienzo. Y porque el deseo tiene el poder para ir más allá de todo límite, en él se encuentra el corazón de toda ética trágica. Esta lleva siempre al hombre a la necesidad de una acción absoluta que lo

30 Ibidem.

distancie de lo dado para crear una nueva tentativa. Sin embargo, el deseo no podría descubrirse si no fuera por la pulsión de muerte que apunta a su dirección al poner en cuestión el mundo de los otros, no sin antes poner en cuestión la identidad del individuo, tal y como éste es regulado, normado y vivido. Y ello, no en contra de los otros -como Freud con su concepto poco claro de agresividad quería suponer- sino en contra de las formas de vivir y de pensar que se respaldan en ciertas normas incuestionables y eternas. En todo caso, de la interpretación de la pulsión de muerte, -ya sea como Freud o como Lacan- surgen las dos vías de construcción de la moral: la moral de la culpa o la ética del deseo. En la primera, la norma se conserva. En la segunda, su cuestionamiento es todo lo que el sujeto es. Tanto para Freud como para Lacan la pulsión de muerte es el surco de la ética.

#### IV EL DESCONTENTO COMO MOMENTO DE LA ETICA.

La pulsión de muerte es el germen del descontento en el hombre, es el germen de la oposición y la negación. Frente al descontento, el hombre posee dos alternativas: seguirlo o detenerse, es decir, extraviarse. La autodestrucción no es la única vía para el sujeto de la ética, tiene aún la vía más riesgosa y difícil: su deseo. La autodestrucción acaso sea el surco estéril del cual crecen sujetos debilitados (Freud), es la vía fácil, más no el destino, pues aún queda el deseo (Lacan). El fértil deseo que regresa, retorna ahí a donde aún no somos por esa voluntad denodada de recomienzo, por la pulsión de muerte. En todo caso hay que surcar a la pulsión de muerte comenzando el camino o continuándolo. Pareciera que ahí se juega toda elección humana, en el todo o nada de la muerte. Por las paradojas que encierra esta especie de pulsión y que bifurcan nuestra mente en oposiciones, elecciones parciales o absolutas, de esta pulsión emerge la ética y la moral.

Aunque concuerdo esencialmente con la tesis de Lacan sobre la pulsión de muerte -sobre su importancia para la explicación del movimiento de estructuras que constituyen la identidad del sujeto, con el cuestionamiento del sujeto por sí mismo y por las acciones que realiza como prueba de rupturas con el mundo y con su biografía- me parece que Lacan manifiesta el poder de la pulsión de muerte en su posibilidad más extrema y sin duda alguna relevante pues es

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

59

la ética que Lacan asume como analista. Sin embargo, me parece indispensable considerar desde la perspectiva ética a la pulsión de muerte, en su nivel más básico, es decir, como descontento e insatisfacción.

La hipótesis presentada no considera a la pulsión de muerte como el origen del mal en el hombre; la considera más bien en tanto germen y origen del descontento e inconformidad humanas, aquello que marca la ruptura del hombre con su realidad y con lo necesario. La propuesta de este trabajo es que la pulsión de muerte no es destructividad estéril, sino que también puede entenderse como descontento con lo real, con lo que somos y con el mundo. Considero el descontento como una de las condiciones indispensables para la acción ética. Esto nos lleva a suponer que la pulsión de muerte es el origen de la ética en su sentido más radical, dado que es el germen de todo lo que en el hombre lleva a la acción. El hombre actúa a partir de un desasosiego con el mundo generado por aquella pulsión. La pulsión de muerte en la obra de Freud introduce el desacuerdo con la realidad y con ello, introduce la finitud en todo lo que en esa realidad se perciba como estable e inamovible. Pero este descontento es un descontento con respecto a las normas que reproducen la vida por inercia y que el sujeto se niega a acatar. La pulsión de muerte, a partir de ese desasosiego e insatisfacción que genera, tiene el poder de hacer transitar la vida por el caos, entendido éste como ruptura del orden. La ética como disciplina

filosófica emerge como conciencia discrepante, lo muestra la vida y la filosofía de Sócrates; y este hecho le ha dado a la ética el destino o la tarea de defender lo posible, o como dice Victoria Camps:

La negación de lo que es, la disconformidad, el conflicto, son el punto de partida de la ética y debe serlo también de la educación que es un componente imprescindible del discurso ético.(1)

Sostengo, pues, que sólo la pulsión de muerte nos saca de la medianía, de la indiferencia, de la costumbre de vivir; y que mientras no tengamos coraje e indignación, mientras la rebeldía no tenga un espacio de expresión en nuestras vidas la ética morirá de inanición. Así, el descontento y la oposición son síntomas de la inadmisibilidad de ciertas situaciones de hecho que nos distancian de los ideales y proyectos a alcanzar. Lo peor no es el descontento, sino temerle y exorcizarlo.

Es indispensable mantener el sentido del descontento que es transformar ciertas situaciones que de hecho nos desagradan y disgustan de nosotros mismos y del mundo. El descontento y la insatisfacción son pareja de la acción, ya que sin cierta dosis de descontento no hay mundo que pretenda ser cambiado. Por lo mismo, todo proyecto de vida es manifestación de que el mundo no nos place del todo, y con ello, nuestra vida tampoco. Nuestras personas y nuestros proyectos manifiestan lo que al mundo le falta. Los proyectos revelan exigencias; el más vano de todos los

---

1 V. Camps. Virtudes públicas. Madrid: Espasa Calpe, 1990. p.125

proyectos está dirigido a llenar nuestras faltas, las nuestras y las del mundo. Una persona que no posee proyectos, por tanto, carece de impulso de cambio, porque el proyecto nace a partir del reconocimiento de una falta. Nuestro proyecto habla de la calidad de vida que queremos, de la calidad de personas que queremos ser, manifiesta lo que deseamos hacer por los otros; porque sin duda, ninguna vida humana crece y se desarrolla en soledad. Por lo tanto, la pulsión de muerte como descontento tiene que jugar un papel en el esfuerzo de construirnos una identidad, en la tarea de construir nuestras vidas. La acción humana se encarga de hacer reales esos ideales y esas exigencias, se encarga por decirlo así, de enviar nuestros ideales al flujo de la vida y de hacernos finalmente más coherentes con nosotros mismos.



**CONCLUSIONES:**

A lo largo de este trabajo se ha tratado de construir la hipótesis que considera la necesidad de pensar o considerar la pulsión de muerte con categorías éticas o propias de la filosofía moral. Sólo en este sentido, la pulsión de muerte logra proyección y amplitud y sólo así se sale de la estrechez con que Freud la concibió. Es la filosofía la que transmite, por su misma tendencia a la totalización, la posibilidad de ampliar la significación de los conceptos. En esta tesina se ubica la pulsión de muerte en lo que podría ser la posición contraria a la de Freud: la pulsión de muerte no como algo antiético, sino como origen de toda postura ética, trátase de la moral interior asumida con toda responsabilidad y autonomía, o de la actividad teórica que busca entre otros fines dar consistencia y fundamento a las conductas humanas que se caracterizan por la ruptura con lo dado.

Con todo también es necesario ver sus límites. Estos se encuentran en el momento mismo en que la ruptura con lo real sea opuesta o se separa de toda idea de justicia, igualdad y libertad. Sus límites se encuentran cuando se

distancia de los valores. Se vuelve entonces tal y como Freud la pensó: destrucción estéril. Es decir, la pulsión de muerte es origen del mal al independizarse de los valores pero también, al no verla desde la perspectiva ética sino desde la moral -que tiene como característica principal la conservación de lo dado- se vuelve "anticultural", "antirrealista" términos con que Freud la caracterizó en el Malestar en la cultura.

De algún modo, podríamos concluir que si bien Eros crea la cultura, la pulsión de muerte la transforma. A Eros debemos la tendencia a la unión con el otro, la permanencia de la cultura se vuelve obra del amor, pero su transformación se vuelve obra del "disenso", de la discrepancia con ciertos fragmentos del mundo que éticamente son inadmisibles. Los mismos valores para su actualización requieren de espacios de oposición para manifestarse y por ellos los abren.

De la propuesta freudiana de la moral del superyó es difícil distanciarse ya que engloba las problemáticas de una moral que para constituirse ha partido del otro (heredera del complejo de Edipo-dice Freud) no de la conciencia ni de la reflexión propia. Esa moral venida de los padres, sigue siendo y es la moral de la culpa, del sufrimiento, del miedo a la conformación de la ley propia, todo ello indica una buena porción de autodestrucción y -por consiguiente- de miedo a la transformación y recreación nueva del mundo. Es decir, la moral del superyó es la moral que se hace posible

por la pulsión de muerte al volcarse al interior del sujeto. Sin embargo, al desviarse sobre la base de los valores hacia el exterior, esa alteración se vuelve transformación fértil y creadora.

La interpretación de la pulsión de muerte elaborada por Lacan ilumina uno de los aspectos que se han tratado de dilucidar en la pulsión de muerte. La pulsión de muerte tiene la posibilidad de transformar una vida que se ha hecho difusa por las elecciones dispares y contradictorias a las que tiende a la vez en otra vida caracterizada por la conciencia de que en sus niveles más profundos se juega a sí misma al tomar las elecciones absolutas que la encaminan a su esencia. Vemos luego, que el sujeto de la ética inicia su verdadero viaje al descubrir la inanidad de su ser. Este descubrimiento es condición de posibilidad de una identidad dispuesta a des-hacerse, dispuesta a des-fundamentarse, para iniciar una nueva tentativa. Sólo en este sentido, la autodestrucción es movimiento en el hombre, promotora de una identidad que se hace de nuevo, ahora en base a sus propias prerrogativas.

Finalmente, pienso que esta experiencia desfundamentadora y todo el miedo y el dolor que conlleva es punto de partida de una vida encaminada a su esencia; y más aún de la ética, que tiene entre sus aspiraciones primordiales entender lo humano asumiendo las consecuencias que este conocimiento acarree. Por tal motivo, la filosofía moral debe de tener en mente aquellas situaciones que

permitan pensar al hombre más allá del ámbito de los deberes y de los imperativos, para ubicarlo en un espacio en que dejando ellos de existir el sujeto se enfrenta a sus propios y verdaderos conflictos. Tal es el espacio que nos permite vivir, y en la misma medida pensar.

**Bibliografía:**

- Georges Balandier, El desorden. Elogio de la fecundidad del movimiento, Gedisa, Barcelona; 1990.
- Nestor Braunstein, A medio siglo del malestar en la cultura, Siglo XXI, México; 1983.
- Norman O Brown, Eros y tanatos. El sentido psicoanalítico de la historia, Joaquín Mortiz, México; 1987.
- Victoria Camps, Virtudes públicas, Espasa Calpe, Madrid; 1990.
- La imaginación ética, Seix Barral, Barcelona; 1983.
- Albert Camus, El hombre rebelde, Alianza Editorial, México; 1989.
- Sigmund Freud, Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 1986. 24 Vols.
- Juliana González, El malestar en la moral, Joaquín Mortiz, México; 1986.
- Jacques Lacan, El seminario 7. La ética del psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires; 1988.
- Escritos 1, Siglo XXI, México; 1984.
- Friedrich Nietzsche, La voluntad de poderío, EDAF, Madrid; 1981.
- La genealogía de la moral, Alianza editorial, Madrid; 1981.
- Paul Ricoeur, Freud: una interpretación de la cultura, Siglo XXI, México; 1985.
- Platón, Obras Completas. Defensa de Sócrates, Aguilar, Madrid; 1981.
- Obras Completas. El banquete, Aguilar, Madrid; 1981.
- Fernando Savater, La tarea del Héroe, Taurus, Madrid; 1986.
- Invitación a la ética, Anagrama, Barcelona; 1982.
- Nihilismo y acción, Taurus, Madrid; 1986.
- Gianni Vattimo, Las aventuras de la diferencia, Península, Barcelona; 1986.
- Gianni Vattimo y otros, El pensamiento débil, Cátedra, Madrid; 1988.

**Obras de Freud citadas:**

- De guerra y muerte: Temas de actualidad (1915)
- Conferencias de Introducción al psicoanálisis (1915-1916)
- Más allá del principio del placer (1920)
- Psicología de las masas y análisis del yo (1921)
- El yo y el ello (1923)
- El problema económico del masoquismo (1924)
- La negación (1925)
- El porvenir de una ilusión (1927)
- El malestar en la cultura (1930)
- Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.
- "Angustia y Vida pulsional" (1933)